

## EL TEXTO, CONSTRUCTO-PARTITURA SINTAGMÁTICO VERBAL EN FUNCIÓN DE LOS ESPACIOS, LAS PERSONAS Y LOS TIEMPOS

(Modesto homenaje a J. Ortega y Gasset (1934), E. Coseriu (1955), A. J. Greimas (1966), H. Weinrich (1968), K. Heger (1976) y B. Pottier (1992), en la base del paradigma lingüístico-textual)

ESTANISLAO RAMÓN TRIVES  
UNIVERSIDAD DE MURCIA

**Resumen.** En este trabajo asumimos que *el texto* es un constructo-partitura en función del siempre renovado *orden intersubjetivo, contextual y cotextual*, responsable de la orientación integradora hacia el *sentido textual*, que está sometido a la *dinámica merístico-holística* de la condición humana. Las *entidades lingüísticas*, que *son a-espaciales, a-temporales y a-personales* en el *microuniverso del sistema*, se ven afectadas por esos parámetros en la dinámica del *macrouniverso del discurso en todo comportamiento dialógico o verbal*.

**Palabras clave:** Semántica, Pragmalingüística, Semiolingüística, Sociosemiótica, Lingüística textual.

**Abstract.** In this paper we accept that the text is a score-construction required by the always renovated *inter subjective, contextual and cotextual order*, that has the responsibility for the integrated orientation to the linguistic-textual meaning, which finally is conditioned by the *meristic and holistic dynamics* of our human condition. The *linguistic entities are independent of the space, of the time and of the individual speaking* in the *system's micro universe*, in every dialogic or verbal behaviour.

**Key words:** Semantics, Pragmalinguistics, Semiolingistics, Sociosemiotics, Text linguistics.

Al hablar del texto *in genere*, podemos decir que siempre resulta ser un precipitado sintagmático-verbal, es decir, un *constructo-partitura*, que reclama el *molde*, por así

decir, *de su configuración o abormamiento verbal*, que, con Saussure (179-180 del original y 217-218 de la traducción española), podemos llamar el *tipo sintagmático latente*, que, por pertenecer al dominio compartido de las destrezas expresivo-comunicativas de los hablantes de una lengua, se convierte en *metro, patrón o punto de referencia* desde el que se es capaz de *producir o reproducir* cualquier práctica discursivo-textual. Pero al hablar de un texto concreto, no podemos hacerlo sin referencia a las circunstancias de su autoría y a su autoría misma. En tal sentido, viene bien recurrir a Ortega, quien, como en tantos aspectos del comportamiento verbal, nos puede iluminar en nuestros propósitos actuales. Son palabras que extraigo de sus lecciones del curso 1939-1940, tomo IX, Obra póstuma, Taurus, 2009: 295-296:

«...» para averiguar de verdad lo que una cosa es, tenemos que referirla a una *realidad radical* que nos sirva como unidad de medida. Esta *realidad radical* es la vida humana «...» Pero eso que llamo *vida humana* no consiste simplemente en mí. Mi vida se compone de dos ingredientes últimos: *yo* y *circunstancia*. En esa circunstancia, que es siempre un *aquí* y un *ahora*, encuentro muchas otras cosas tan reales como yo *mismo*: piedras, plantas, animales, los otros hombres «...» No hay, pues, vida humana si no es de alguien determinado: *mía, tuya o suya*. Si no hay un sujeto creador y responsable de sus acciones, que hace lo que hace porque ese quehacer tiene sentido para él «...». El hombre, por el contrario, sólo es humano en la medida, no sólo de que sabe -esto es, entiende- lo que hace, sino que lo hace precisamente porque lo entiende, porque tiene para él sentido, ha resuelto hacerlo.»

El texto de cada momento, como la vida de cada cual, es un proyecto utópico de responsabilidad personal e irremplazable. El texto goza del privilegiado marco fundante del intercambio intersubjetivo. Y ello se debe a la indubitable presencia de los protagonistas intersubjetivos del sintagma dialógico, diatópico y diacrónico, que justifica y enriquece la convivencia del ser humano entre humanos. Las llamadas “personas gramaticales”, que más que gramaticales son fundamento referencial fundante de cualquier gramática, son el punto 0, el punto de arranque de cualquier comportamiento humano, también, obviamente, del comportamiento verbal. Como nos dice H. Weinrich (1980:22-29):

« En los textos reales, el mensaje se constituye mediante una red de signos múltiples; y todos ellos se determinan mutuamente y operan en concomitancia. <...> la alternancia de los tiempos obedece a reglas determinadas y puede describirse en términos de Lingüística textual <...> « lenguaje imputable».

Hablamos desde la conciencia de nuestra *menesterosidad*, que es subsecuente a la conciencia de nuestra condición de *meristicidad no autosuficiente* o condición

parcelaria de cuanto somos con respecto al *holístico entramado* humano del que formamos parte. Nos vemos exigencialmente movidos a buscar complicidad o pedir ayuda a los otros, a todos los demás, en una peculiar recuperación de la verbal mansión solidaria u *holística* de la familia humana a la que pertenecemos por derecho natural propio.

Hablamos, en definitiva, por pura y azarosa necesidad, desde nuestra condición de pobres de solemnidad, con conciencia de tales, que exhibimos a cada paso de nuestra convivencia en una suerte de azaroso y necesario compromiso intersubjetivo con los otros hablantes.

«Por encima del texto está la intención expresiva y significativa del hablante. El hablar no se puede entender sin el hablante, “el ser hablante”, que dice Coseriu, ni tampoco sin el decir, “el Dicente”, que dice Ortega. Y ambos no se pueden entender entre sí ni en sí mismos si no tenemos en cuenta el conocer, que no es más que la superación de la circunstancia en la que dicho ser se halla inmerso», me asevera Jesús G. Martínez del Castillo, como para preservar incólume la impronta de los planteamientos de Ortega y de Coseriu.

Lo que propongo, al disponerme a delimitar el comportamiento verbal, es algo pensado entre **lo cuántico o ultramicroscópico**, es decir, lo sistémico, no computable, no medible, energía significativa, pura realidad, pura significatividad -el significante remite a su significado sin intermediación personal, local o temporal, y nos enfrentamos a lo significativo-verbal de máxima virtualidad *a-personal, a-local y a-temporal*, **donde todo está en todo**, con la inmediatez del haz con su envés, y a la inversa- y **lo macrosintagmático resultante de lo dialógico-situacional**, los hablantes, y **lo espacio-temporal**, contextual y cotextual, a resultas de la selección y ordenamiento sintagmático de los segmentos verbales sistémicos por parte del **ineludible protagonista de toda práctica discursivo-textual, que toma cuerpo en la dimensión lineal de su despliegue sintagmático**, que ya es computable, medible o identificable como significación concreta, medible, computable o atribuible a un hablante concreto, en un tiempo y un espacio dados.

No puede pasarnos desapercibido el dato de los expertos de la cognición, según los cuales recibimos del entorno cuatrocientos mil millones de impulsos por segundo y de ellos nuestro cerebro sólo procesa dos mil por segundo, es decir unas cinco diezmillonésimas del total recibido cada segundo. Lo cual muestra que en el nivel de los fundamentos, lo real, también lo sistemático-lingüístico, está interconectado, sin intermediación de ningún tipo, pura virtualidad. En cambio, lo macroscópico o resultante de la operación sintagmático-verbal ya es una

magnitud medible respecto de los hablantes concretos, de los tiempos y espacios dados, en el marco de una operación verbal.

Si bien se mira, en el ser humano, vivir o existir es coexistir, convivir, encontrarse humano entre humanos, en colaboración mutua, siendo la más sutil y excelente forma la que se propicia en la praxis intersubjetiva lingüístico-textual, y no sólo por la vía de la convicción, como quiere Aristóteles en su *De Anima*, que también, como brillantemente demuestra Ortega y Gasset, (IX, *Obra póstuma*, 2009:176), sino por un impulso exigencial de integración activa del individuo en su familia, del particular en su colectividad social, del que tiene la convicción de ser indigente o necesitado, huérfano e incapaz por sí solo y busca ayuda, calor y colaboración en los demás.

Ortega nos decía a este propósito, 1983:263-265:

«El hombre suele vivir intelectualmente a crédito de la sociedad en que vive <...> como un autómeta de su sociedad, <...>. Si contemplamos el enjambre incontable de ideas y opiniones que en nuestro derredor salen incesantemente revolando del decir de la gente, notaremos que se pueden diferenciar en dos grandes clases. Unas son dichas como cosas que va de suyo al decirlas, se cuenta desde luego con lo que se llama <<todo el mundo>> las admite. Otras, en cambio, son enunciadas con el matiz, más o menos acusado, de que no son opiniones admitidas; a veces con pleno carácter de ser opuestas a las comúnmente admitidas. En el primer caso, hablamos de opiniones reinantes; en el segundo, de opiniones particulares.

Cuando algo es uso no depende de la adhesión de los individuos, sino que precisamente es uso porque se impone a ellos...*Vigencia*, alfa y omega de toda la sociología... *está ahí*, tenemos que *contar con ella* y ejerce, por tanto, sobre nosotros su coacción,...1º) pues ya es coacción el simple hecho de que queramos o no, tengamos que contar con ella como una instancia de poder en que apoyarnos...» ib.:267-268)

En el imbricado vaivén semántico-semiológico de la dialógica operación lingüístico-textual, según planteamos en nuestra tesis doctoral, *Determinación lingüística de la Semántica semiológica* (Murcia, 1973) –bajo la tutela del dinámico y dinamizador Antonio García Berrio, y, en gran parte, publicada en mis *Aspectos de Semántica Lingüístico-textual*, 1979-, el hablante *deduce* e *induce* a un tiempo el despliegue significativo configurado en el *macrouniverso semántico-existencial* o discursivo-verbal, donde alienta, desde su *deducción* presupuesta, el *microuniverso semiológico-inmanencial* del sistema semiótico-lingüístico, en términos de É. Benveniste (1966 y, posteriormente, 1974), al tiempo que se retroalimenta o *induce* siempre *otro* como persistente y fugaz discurso semántico-verbal en la continua *homeóstasis* de la dinámica de la vitalidad significativa del

ser humano, *beneficiario* y *responsable* por igual de la faena utópica de vivir y convivir entre humanos.<sup>1</sup>

En mi opinión, hoy todavía, hay que tener muy en cuenta los planteamientos de Greimas, quien desde su *Sémantique Structurale* (1966), ha investigado como pocos las peculiaridades del comportamiento lingüístico-textual. Una simple ojeada a un capítulo clave, entre tantos de ese documento fundacional de los importantes planteamientos semio-lingüísticos greimasianos, el 3º (1966:158-171), pone de manifiesto hasta qué punto los planteamientos greimasianos son fundamentales en la sinfonía de voces inolvidables como la de Harald Weinrich, Klaus Heger, Bernard Pottier, Eugenio Coseriu, Roland Barthes y tantos otros, como si siguieran *à la lettre* las muchas y muy atinadas observaciones y sugerencias de nuestro Ortega y Gasset en torno a los valores de la estilística, retórica, etc., para romper moldes lingüístico-canónicos y abrirse de par en par al análisis del comportamiento verbal en su integridad, en un ir y venir que culminó en lo que llamó la nueva *lingüística del decir*, en paralelo con *la del hablar*, propiciada por Coseriu, años más tarde, en su famoso trabajo (1955), *Determinación y entorno*. Es curioso cómo el interés de los procedimientos estadísticos y las cautelas sobre el mismo, para salvaguardar las esencias utópicas del raciovitalismo humano respecto de los usos, José Ortega y Gasset, Obras completas, 7, Alianza Editorial, Madrid, 1983: 214, se hacen eco inmediato, si no simultáneo, en Eugenio Coseriu, Benveniste, Greimas, etc. De hecho, los postulados merístico-holísticos del proceso textual que hoy podemos ver, en analogía con los planteamientos de integralidad epistemológica humana, como los de Douglas Hofstadter, por ejemplo, están perfectamente diseñados en Greimas (1966).

Los textos, como nuestra vida humana, en analogía con las palabras lapidarias de Ortega (IX: 176), no nos son dados hechos –son lengua, pero lengua sin sujeto responsable-, sino que necesitamos hacérselos nosotros, cada cual los suyos –que siguen siendo lengua, pero ya lengua con sujeto responsable-, como resultado de la operación verbal auténtica, que es personal e intransferible, como le ocurre a lo más radical y esencial del ser humano, inexorablemente siempre *in fieri*.

---

1 En el marco de la Universidad de Murcia, quiero dejar constancia de las encomiables aportaciones de nuestros maestros, Ángel Valbuena Prat, Manuel Muñoz Cortés y Mariano Baquero Goyanes, núcleo impulsor de ulteriores planteamientos como los de Antonio García Berrio, Agustín Vera Luján, Tomás Albaladejo Mayordomo, Manuel Martínez Arnaldos, José Perona Sánchez, Pilar Díez de Revenga Torres, Ramón Almela Pérez, José María Jiménez Cano, José Luis Cifuentes Honrubia, María Dolores Igualada Belchí, Antonio Bañón Hernández y un amplio conjunto de investigadores interesados por esclarecer la complejidad de la operación verbal en su integridad decidora; sin dejar de mencionar los importantes trabajos lingüístico-textuales del guupo de profesores de Lingüística General en el marco del excelente magisterio de Antonio Roldán.

Ortega (IX:176), como Aristóteles, en su tratado *Sobre el alma*, empieza por reclamar para el hombre “el repertorio de sus convicciones”, esencial para el comportamiento humano como brillantemente hace ver Aristóteles, del que es oportuno considerar cómo trasciende la cuantitativo y se centra en lo cualitativo a la hora de describir el comportamiento enunciativo-textual, que describe como “síntesis de contenidos cognitivos como si fueran una única cosa”, como fruto de la responsabilidad del decir, que surge de la opinión de los hablantes, fundamentada en sus convicciones.

Otra figura inolvidable en los planteamientos propios de una lingüística textual es, sin duda, Harald Weinrich, de quien aducimos aquí su reflexión en torno a los que llama «los dos pilares del comportamiento lingüístico-textual», según reza el título de su importante artículo “Los tiempos y las personas”, *Dispositio (ESTUDIOS)*, vol. III, No.7-8; pp. 21-38., 1979, de donde aducimos lo siguiente:

El modelo básico de la comunicación debe verse en el diálogo entre un locutor (o autor) y un auditor (o lector). En tal comunicación dialógica, que debería representarse en lo posible bajo la forma de una “comunicación cara a cara”, el signo lingüístico es un segmento textual por medio del cual el emisor induce al receptor a comportarse de una cierta manera. En esta concepción, el signo lingüístico es un *acto instructivo* en una situación comunicativa; y la lingüística que se corresponde con esta teoría puede llamarse lingüística pragmática o, más exactamente, lingüística de la instrucción.

En la totalidad de los signos o, lo que es lo mismo, de instrucciones que el código de la lengua pone a disposición de los usuarios, es a los morfemas sintácticos a quienes les corresponde la tarea particular (tarea que podría llamarse meta-comunicativa) de informar al receptor sobre la manera en la cual debe entender la estructuración (*agencement*) del texto para descodificarlo correctamente y para aprehender correctamente el sentido que el emisor ha querido otorgarle. (p.23)

La lingüística textual tendría así un juego fácil –pero ciertamente un juego aburrido– si todos los textos estuvieran contruidos únicamente con los tiempos verbales de uno u otro registro. Los tiempos verbales de ambos se encuentran, en la realidad, mezclados en la mayoría de los textos. (p.24).

Parece existir en el lenguaje –y también, en consecuencia, en la literatura– una cierta afinidad entre, por un lado, las personas comunicativas (primera y segunda persona) y los tiempos verbales del mundo comentado y, por otra, entre la tercera persona gramatical y los tiempos verbales del mundo narrado. (p.26).

La *competencia textual* o *textualizante* supone, según decíamos (1979:189), no sólo la competencia en la operativa lingüística léxico-frástica, sino la competencia en otros dominios operativos, en otros saberes, para los que la lengua es cauce, movida por una especial intencionalidad. Aunque, por caso, todos hablásemos la misma lengua, y, por ende, poseyéramos el mismo saber operativo-lingüístico léxico-frástico, no todos tendríamos las mismas posibilidades de textualizar en

cualquier dominio de denotados, en todos los saberes (filosofía, teología, economía, física...) humanos. La actualización de la competencia textualizante es un resultado del comportamiento humano verbal, en el comercio con los demás. *El texto es el producto lingüístico de distintos saberes y competencias, lingüísticas y no lingüísticas.* De ahí que su estudio sólo terminativamente, parcialmente, sea lingüístico. Lo cual caracteriza especialmente de *instrumentalidad*, o, dada su ineludible importancia, de *coprincipialidad*, el ámbito y alcance de nuestros móviles lingüístico-textuales, que, necesariamente, presento como complementarios de ulteriores estudios interdisciplinarios, que el texto, en su plenitud decidora, propicia y urge.

El texto es el resultado de la expresión y/o comunicación del cauce de **las** múltiples *mitologías* que impregnan y configuran al ser humano en cuanto *hablante* o *dicente*, siempre a impulsos de su condición de animal semológico-etimológico, mitológico, ideológico, tecnológico, sociológico, silogístico, expositivo-descriptivo, narrativo, argumentativo-persuasivo, normativo-prescriptivo, formulaico-litúrgico, espontáneo-coloquial, científico-ensayístico, lúdico-poético, oral y escrito,...

Todo texto es una estructura individual con vocación de ejemplaridad. Está condicionado por la tipología envolvente y se configura conforme a un estilo de época, grupo o modos de comportamiento verbal y tiende –paradoja de la frontera inevitable del ser humano, siempre en la ineludible encrucijada de tener que elegir- a imponerse como ejemplar único, capaz de generar un estilo nuevo, como **réplica** o copia del estilo envolvente y como un nuevo impulso para otros estilos. Y todo ello porque el hablante o dicente no repite como un gramófono sino que produce su propio estilo de texto, como quien respira cómodo con el cinturón que le sujeta la cintura –para decirlo con Ortega-, pero no le agobia u obliga como una soga que al cuello no le dejara ni respirar.

El texto es el resultado de una especial concurrencia verbal o  $\Sigma$ habla, como proponía Heger (1976), en claro anticipo de la *Lingüística de corpus*, pero no sólo eso. Las palabras, yuxtapuestas, puestas unas junto a otras, son la argamasa o flecha lanzada por el arquero verbal o hablante, que no se reduce a su mera materialidad perceptiva, sino que conlleva la especial fuerza utópicorreferencial que la hace atravesar la atmósfera sintagmática de un texto dado por entre los significantes que se van autopropulsando desde la virtualidad significativa de los otros segmentos en sintagmación, en busca, en términos de don José Ortega y Gasset (1983 (1930):336), de una cierta “verdad última de cada cosa, lo que esta cosa es en función de todas”, “el afán intelectual hacia el todo, lo que yo llamo *pantonomía* o ley de totalidad”. Y es que “A la lectura deslizante u horizontal, al simple patinar mental hay que sustituir

la lectura vertical, la inmersión en el pequeño abismo que es cada palabra, fértil buceo sin escafandra” (ib.:318). Lo cual es, como puede verse, un brillante y preciso anticipo de ulteriores planteamientos como los de F. Recanati (2004).

Permítanseme tres citas de Ortega y Gasset, que ponen de manifiesto el tino y clarividencia de sus planteamientos en torno al comportamiento verbal:

(T. VII, 1983: 214):

Ver en la formidable realidad que es el uso un simple precipitado de la frecuencia, es indigno de una mente analítica. No confundamos las cosas: no confundamos el que muchos usos –pero no todos, ni mucho menos–, para llegar a constituirse como tales usos, presupongan que muchos individuos hagan muchas veces una misma cosa y, por tanto, esta cosa se manifieste frecuentemente, con el uso mismo, una vez que está constituido y sea ya, en efecto, uso, actúe por su frecuencia. No vaya a resultar a la postre lo inverso: que algo no es uso *porque* es frecuente, sino que más bien, lo hacemos con frecuencia porque es uso.

(T. VII, 1983: 240):

Como hace notar Lerch –se refiere a E. Lerch, *Über das sprachliche Verhältnis von Ober- und Unterschichten*, Jahrbuch für Philologie, I, 1925–, el modo de hablar, esto es, de emplear la lengua, se diversifica en tres grupos sociales distintos: Hay los que hablan sin reflexionar sobre su modo de hablar, en puro abandono y a como salga; es el grupo popular. Hay los que reflexionan sobre su propio hablar, pero reflexionan erróneamente, lo que da lugar a deformaciones cómicas del idioma <...>. Hay, en fin, el grupo superior que reflexiona acertadamente. <...> Lerch nos hace ver como el “culto”, que suele pertenecer a las clases superiores, habla *desde* una “norma” lingüística, desde un ideal de su lenguaje y del lenguaje en general. El plebeyo, en cambio, habla a la buena de Dios.

(T. VII, 1983: 248-249):

Hablar es *principalmente* <...> usar de una lengua en cuanto que está hecha y nos es impuesta por el contorno social. Pero esto implica que esa lengua ha sido hecha, y hacerla no es ya simplemente hablar, es inventar nuevos modos de la lengua y, originariamente, inventarla en absoluto. Es evidente que se inventan nuevos modos de la lengua, porque los que hay y ella tiene ya no satisfacen, no bastan para decir lo que se tiene que decir. El decir, esto es, el anhelo de expresar, manifestar, declarar es, pues, una función o actividad anterior al hablar y a la existencia de una lengua tal y como esta ya existe ahí.

El decir es un estrato más profundo que el habla y a ese estrato profundo debe hoy dirigirse la lingüística. No existirían las lenguas si el Hombre no fuese constitutivamente el Dicente, esto es, el que *tiene* cosas que decir; por tanto, postulo una nueva disciplina básica de todas las demás que integran la lingüística y que llamo *Teoría del decir*.

<...> Humboldt –Humboldt, V, 319– ya nos dijo: «En la gramática de toda lengua hay una parte expresamente designada o declarada y otra sobreentendida que se silencia. En la lengua china, aquella primera parte está en una relación infinitamente pequeña con la última.» «En toda lengua tiene que venir el contexto del habla en auxilio de la gramática.»<...>

Pero si el hombre es el que «dice», urgiría determinar qué es lo que dice, o, expresado de otro modo, cuáles son las direcciones primarias de su decir, qué cosas son las que le mueven a decir y cuáles las que le dejan silencioso.<...>

El hombre, cuando se pone a hablar, lo hace *porque* cree que va a poder decir lo que piensa. Pues bien, esto es ilusorio. El lenguaje no da para tanto. Dice, poco más o menos, una parte de lo que pensamos <...>

El eco de los planteamientos de Lucien Tesnière (1950) en las teorías lingüísticas y semio-lingüísticas de gran parte de la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI, como muestra fehacientemente Celia Berná Sicilia en su Tesis sobre *la valencia verbal y su explotación didáctica*, a punto de ser presentada para su lectura en la Universidad de Murcia, pone de manifiesto cómo el laboratorio lingüístico no ha cesado de funcionar, hasta tal punto los pioneros planteamientos de Gustave Guillaume, Lucien Tesnière, Louis Hjelmslev, Leonard Bloomfield, Edward Sapir, Michael A. K Halliday, etc., en una suerte de coiné de intereses epistemológicos, han encontrado el terreno abonado para fructificar en una pléyade de planteamientos, rompedores de esquemas cerrados de anteriores épocas. Pero todas ellas parece como si obedecieran a una consigna orteguiana, salir de la segura pero insuficiente torre de marfil de la lingüística, centrada en el estudio de la impoluta lengua, como sistema virtual y abstracto, para, con todos los distinguos epistemológicos que se quiera, no tener miedo a mancharse las manos en aras de la explicación de la realidad del comportamiento verbal, dando entrada al responsable de la operación verbal, al yo y sus circunstancias, como se puede evidenciar en *Determinación y Entorno* de E. Coseriu, en los esquemas tesnieriano-thomianos de B. Pottier, en los jerárquico-noemáticos de K. Heger, en los dinámicos planteamientos lingüístico-textuales de H. Weinrich, así como en los semio-lingüísticos de A. J. Greimas.

De hecho, personalmente en 1979: 218, al revisar el desarrollo del concepto de isotopía de la mano de A.J. Greimas y F. Rastier, desde los planteamientos de Bernard Pottier, Eugenio Coseriu y Klaus Heger, observamos **cuán** necesario es dar cuenta del registro de la isotopía/*isosemia por identificación*, como pieza clave para atender al comportamiento verbal como condicionado por la responsabilidad de los hablantes. Hoy creo poder decir que el *yo y mi circunstancia*, de Ortega, así como el no menos importante *Determinación y entorno*, de Coseriu, junto con los *embragues/desembragues* de Greimas, son el necesario fundamento para dar cuenta de la operación lingüístico-textual en su conjunto. En efecto, y resumiendo con los argumentos del título de este trabajo, cualquier comportamiento lingüístico-

textual exige ser medido mediante las tres correas, sintagmas o pilares esenciales de su construcción, el sintagma dialógico-situacional –el texto condicionado por sus responsables o hablantes-, el sintagma contextual –en un espacio y tiempo dados- y el sintagma cotextual –cualquier palabra cabal puede ser entendida como un intracotexto haber sido que es-, en complicidad y, si se quiere, como resultado, en gran medida, de la negociación con el resto de palabras o sintagmas, compañeros de viaje de un texto dado.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES: *Acerca del alma*, Introducción, traducción y notas de Calvo Martínez T., Madrid, Gredos.
- BENVENISTE, É. (1966): *Essais de linguistique générale*. París: Larousse.
- BENVENISTE, É. (1974): *Essais de linguistique générale*. II. París: Larousse.
- COSERIU, E. (1955): *Determinación y entorno. Dos problemas de una lingüística del hablar*. *Romanistisches Jahrbuch*, VII, 1955-56, pp. 29-54. (Incluido en *Teoría del Lenguaje y Lingüística General*. Gredos, MADRID, 1967, pp. 282-323).
- COSERIU, E. (1977): *El hombre y su lenguaje. Estudios de teoría y metodología lingüística*, Madrid, Gredos.
- HEGER, K. (1976): *Monem, Wort, Satz und Text*. Tübingen. Niemeyer.
- COSERIU, E. (1986): *Principios de semántica estructural*, Madrid, Gredos
- COSERIU, E. (1990): “Semántica estructural y semántico cognitiva”, en: *Homenaje al profesor Francisco Marsà*. Barcelona: Universitat de Barcelona, pp. 239-282.
- DIJK, T. van(1980): *La ciencia del texto: un enfoque interdisciplinario*. Barcelona: Paidós.
- FILLMORE, CH J. (1968): «The case for case», en *The Universals in Linguistic Theory*. Ed. por Emmon Bach y Robert T. Harms, Holt, Rinehart and Winston, nc., New York, pp. 1-88.
- HERITIER, F. (2009): *Une pensée en mouvement*. Textes réunis par Salvatore D’Onofrio. París: Odile Jacob.
- HOFSTADTER, D. R. (2008): *Yo soy un extraño bucle*. Barcelona: Tusquets.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1983): *Obras completas*, 7, Madrid, Alianza Editorial.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2009): *Obras completas*. Tomo IX,(1933-1948). Obra Póstuma. Madrid, Taurus.
- LANDOWSKI, E. (1998): “Del referente, perdido y reencontrado”, en *Homenaje al Prof. Muñoz Cortés*. (Traducción de E.Ramón Trives, pp.251-257). U. de Murcia, 1998.

- POTTIER, B. (1992): *Sémantique générale*. Paris : PUF.
- POTTIER, B. (1992): *Théorie et Analyse en Linguistique*. Paris: Hachette Supérieur.
- RAMÓN TRIVES, E. (1979): *Aspectos de semántica lingüístico-textual*, Madrid, Istmo.
- RAMÓN TRIVES, E. (1980): “Nuestro hablar, proceso pragmáticamente no exento”, *Monteagudo 68*, Murcia, Ediciones de la Universidad de Murcia.
- RAMÓN TRIVES, E. (1982): *Estudios sintáctico-semánticos del español –I-. La dinámica interoracional*, Murcia, editorial Godoy.
- RAMÓN TRIVES, E. (2002): “A vueltas con la tipología de estilos de enunciación productivo-reproductiva”, *Homenaje al académico Manuel Muñoz Cortés*, Murcia, Real Academia Alfonso X El Sabio.
- RAMON TRIVES, E. (1980): «En torno a la pertinentización lingüística con especial atención al componente fonémico», en *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras*, XXXVII, 4, pp.3-10. (*Tonos Digital*, 2008).
- RECANATI, F. (2004): *Literal meaning*, Cambridge, Cambridge University Press. (Trad. española de Francisco Campillo, Madrid, A. Machado Libros, 2006).
- SAPIR, E. (1966): *El lenguaje*, Méjico, Fondo de Cultura Económica.
- SAUSSURE, F. (1969): *Cours de linguistique générale*. Paris : Payot. (Trad. castellana de A. Alonso. Buenos Aires : Losada).
- SAUSSURE, F. (2002): *Écrits de linguistique générale*. (Texto establecido y editado por Simon Bouquet y Rudolf Engler), Paris: Gallimard.
- TESNIÈRE, L. (1950): *Éléments de syntaxe structurale*. Paris: Klincksieck
- VARELA, F.J. (1996): *Invitation aux sciences cognitives*, Paris, Éditions du Seuil.
- WEINRICH, H. (1979): «Los tiempos y las personas», *Dispositio (ESTUDIOS)* III:7-8, pp. 21-38. Department of Romance Languages, University of Michigan.